

REVISTA ALTAMIRANO

Año 19 / Novena Época / Número 47

VIOLENCIAS

COMPLEJIDAD Y ALTERNATIVAS



INSTITUTO DE ESTUDIOS
PARLAMENTARIOS
EDUARDO NERI
LXI LEGISLATURA
H. CONGRESO DEL
ESTADO DE GUERRERO



GUERRERO
2015-2018

REVISTA ALTAMIRANO

Violencias, Complejidad y Alternativas

Año 19, Novena Época, septiembre-diciembre de 2017, Núm. 47

Publicación oficial de difusión del Instituto de Estudios Parlamentarios
"Eduardo Neri" del H. Congreso del Estado de Guerrero, LXI Legislatura

EDITOR

H. Congreso del Estado de Guerrero a través del Instituto de Estudios Parlamentarios "Eduardo Neri",
Trébol Sur Sentimientos de la Nación s/n, Col. Villa Moderna, Chilpancingo de los Bravo, Guerrero.

COORDINADORES

Dra. Iliana Olmedo Muñoz

Dra. María de los Ángeles Silvina Manzano Añorve

Dr. Camilo Valqui Cachi

Mtra. Ma. Magdalena Vázquez Fierro

DISEÑO EDITORIAL

Gustavo Monroy Pérez

monroygus@yahoo.com.mx

COORDINADORA EDITORIAL

Ma. Magdalena Vázquez Fierro

PORTADA

Rubén Augusto Iglesias Segrera. Obra de arte. Roberto Artemio.

PREPrensa

Directoplate, S.A. de C.V.

IMPRESIÓN

Servicios Editoriales Especializados

Consulta electrónica: www.iepen.org.mx

Revista Altamirano, Año 19 Novena Época, septiembre-diciembre 2017, No.47, publicación cuatrimestral de análisis parlamentario, jurídico, político y social, revista editada por el H. Congreso del Estado de Guerrero a través del Instituto de Estudios Parlamentarios "Eduardo Neri", Página Web: www.iepen.org.mx, e-mail: institutoeduardoneri_04@hotmail.com; domicilio en cerrada Moisés Reyes Parra S/N, Col. Temixco II, C.P.39089, Chilpancingo, Gro., impresa por Servicios Editoriales Especializados, e-mail: safd_g@yahoo.com.mx, Cda. 16 de septiembre num.25, colonia Los Reyes, Culhuacán, 09840, CDMX, con un tiraje de 1000 ejemplares.

Editada, publicada y distribuida por el H. Congreso del Estado de Guerrero a través del Instituto de Estudios Parlamentarios "Eduardo Neri".

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de los colaboradores y/o autores. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura o punto de vista del editor de la Revista Altamirano.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, incluido el diseño de cubierta, de la presente publicación, por cualquier modo o procedimiento mecánico o electrónico, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, sin la previa autorización expresa y por escrito del editor, o en su excepción sin citar la fuente, en los términos de lo así previsto en la Ley Federal del Derecho de Autor.

Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo del título: Revista Altamirano 04-2009-071318413200-102

No. de folio ISSN en trámite:

Contenido

Presentación	11
Introducción	13
Primera parte	
La violencia sistémica esencia, complejidad y dialéctica en el siglo XXI	15
Camilo Valqui Cachi, Universidad Autónoma de Guerrero	
La necesidad de la enseñanza de la filosofía: situación y retos ante la violencia en Guerrero	35
José Ramón Espinosa Julián, Universidad Autónoma de Guerrero	
Violencia, rezago educativo y pobreza extrema resultados de un modelo de desarrollo impuesto en Guerrero	41
José Alfredo Pineda Gómez, Aurora del Socorro Muñoz Martínez Universidad Autónoma de Guerrero	
Segunda parte	
La violencia consecuencia de la impunidad; una variable en la actualidad	55
Víctor Manuel Arcos Vélez y Saul Barrios Sagal, Universidad Autónoma de Guerrero	
Una contribución al análisis de la violencia económica en Guerrero desde la perspectiva de la crítica de la economía política	73
Ana Lluvia García Vilchis, María Eugenia Martínez de Ita, Víctor Hugo César Ramírez, Benemérita Universidad Autónoma	
Tercera parte	
Conceptos, enfoques y teorías de prevención de la violencia y delincuencia	89
Jorge Luis Triana Sánchez, Universidad Autónoma de Guerrero	
Modernización y ruptura del tejido social; vacío de cultura identitaria e incremento de violencia delincencial. Caso de Chilpancingo, Guerrero	103
Angélica Gutiérrez y Salgado, Universidad Autónoma de Guerrero	
La disputa por el Oro Rojo: Identidad, masculinidad, narcotráfico y violencia en la Sierra de Guerrero	117
Moisés Nava Nava, Universidad Autónoma de Guerrero	
Crimen organizado como una forma de las violencias en México	129
Francisco Javier Juárez Cirilo	
El narcotráfico en la literatura mexicana. Siglo XXI	139
Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez, Universidad Autónoma de Guerrero	
La inexistencia de Estado Constitucional en Guerrero y su incapacidad frente a la ola de violencia	145
José Gilberto Garza Grimaldo	
Cuarta parte	
Ayotzinapa: violencia coyuntural o violencia estructural	163
Federico Sandoval Hernández, Universidad Autónoma de Guerrero	
Diagnóstico de un modelo de simulación computacional de un detonador de la violencia en el Estado de Guerrero, México	183
Juan Baltazar Cruz Ramírez, Universidad Autónoma de Guerrero	

La violencia sistémica como política de Estado	199
Francisco Javier Monroy Hernández, Miriam Altamirano Carmona Isabel Rosales Juárez, Integrantes del Taller de Desarrollo Comunitario A.C.	
Quinta parte	
Violaciones a la democracia y a los derechos humanos	217
Ramón Espinosa Contreras, Universidad Autónoma de Guerrero	
Los derechos violentados de las personas con discapacidad. Las falacias de la política de inclusión en el siglo XXI	233
Daniel Mora Magallón y Rosa Delia Guillén Valentín, Inter – Cambio Social, A.C.	
Violencia política y violación a los derechos humanos	245
Ma. Antonieta Julián Pérez	
La movilización por la defensa de los derechos humanos y sus ciclos de protestas. Estado de Guerrero, México	255
Martín Fierro Leyva	
Violencia e inseguridad: su impacto en jóvenes de Chilpancingo, Guerrero	269
Ignacio Eulogio Claudio	
Sexta parte	
Derecho a un medio ambiente sano y sin violencias.	293
La Tierra como zona de sacrificio	293
Octavio Klimek Alcaraz	
La CRAC, la UPOEG y la violencia en la Montaña y Costa Chica de Guerrero	313
José Albar Chavelas Mendoza, Universidad Autónoma del Estado de Morelos	
Séptima parte	
Patriarcado, masculinidad y violencia	333
María Luisa Garfias Marín, Aliadas por la Justicia	
Feminicidio: espejo de una sociedad	337
Emma Cerón Díaz, Mujeres Guerrerenses por la Democracia	
Mejora continua en el Sistema de Gestión de Equidad de Género en una institución educativa superior	357
Verónica Petra Hernández Pastrana, Norma Rodríguez Bucio y Juan Carlos Kido Miranda, Instituto Tecnológico de Iguala	
La literatura femenina china en el período posmaoísta: Las imágenes masculinas y femeninas desde una perspectiva de género en algunas obras de Zhang Jie y Zhang Xinxin	373
Indira Añorve Zapata, Centro de Estudios de Bachillerato “Jesús Reyes Heróles”	
Construcción de Cultura de Paz a través de la conciencia cosmocéntrica	385
Juventina Salgado Román y Ma. De los Ángeles Silvina Manzano Añorve Universidad Autónoma de Guerrero	
Octava parte	
Historia de la Violencia en el Estado de Guerrero 1910 - 2010	397
Jaime Salazar Adame	
Sobre los autores	408

**Comité Ordinario del Instituto de Estudios Parlamentarios
"Eduardo Neri"**

Dip. Ricardo Moreno Arcos
Presidente

Dip. Crescencio Reyes Torres
Secretario

Dip. Silvia Romero Suárez
Vocal

Dip. Ma. del Pilar Vadillo Ruiz
Vocal

Dip. Beatriz Alarcón Adame
Vocal

Mtra. Ma. Magdalena Vázquez Fierro
Directora

Consejo Consultivo

Dr. David Cienfuegos Salgado
Dr. José Gilberto Garza Grimaldo
Dr. Humberto Santos Bautista
Dr. Jaime Salazar Adame
Mtro. Ricardo Infante Padilla

Construcción de Cultura de Paz a través de la conciencia cosmocéntrica

Juventina Salgado Román
Ma. De los Ángeles Silvina Manzano Añorve
Universidad Autónoma de Guerrero

En este artículo se pretende reflexionar y exponer la relevancia de construir una cultura de paz, como alternativa frente a las diferentes crisis sociales que aquejan al mundo entero. Sin el ánimo de debatir sobre el concepto de paz, tomamos el sentido griego de Eirene, sinónimo de Homonoia, que se traduce en armonía. Así: “La *Eirene* se relaciona con armonía mental, exterior y anímica que se traduce en sentimientos apacibles” (Jiménez, 2009: 147)

Nos adherimos a la propuesta de quienes, como Fritjof Capra (1999) sostienen que las diferentes crisis encuentran su origen en una sola causa, que se resume en crisis de percepción, lo que significa que las diferentes formas de violencia que practican los seres humanos, se debe a una percepción distorsionada de la realidad, cuya visión es fragmentada y mecanicista. De ahí que en términos personales y culturales nos asumimos y dividimos en el “nosotros” y los “otros”, de esa manera las diferencias justifican la disociación, no la integración que hermana a través de la complementariedad.

Identidad: más allá de lo transcultural

No podríamos entender la identidad sin la cultura y viceversa, la configuración de la una implica la otra, como procesos que expresan y se constituyen a partir de una manera de percibir el mundo, la vida, las relaciones con los demás e incluso con otras especies. La cultura entonces así como la identidad supone posicionarse en el mundo, a partir de cómo nos concebimos, ¿separados de los semejantes?, o ¿en comunidad con los demás seres humanos?, según pensemos actuamos. Así explicamos por qué un paradigma que fragmenta, coadyuva a generar prácticas de violencia. Tanto la cultura como la identidad no están desarticuladas de la cosmovisión de los grupos sociales, por el contrario, se encuentran fuertemente ligadas, en tanto que esta segunda representa los fundamentos filosóficos que sostienen la praxis de una comunidad o grupo de personas.

Concordantemente, los procesos de configurar una identidad, supone procesos de reconocimiento de pertenencia, que a su vez implica juicios de valor; pues los sujetos atribuyen

significado cultural a las diferencias sociales que los clasifica entre ellos y los otros; es a partir de sus creencias que confieren sentido a esas diferencias. Por eso en la construcción de la identidad es importante no sólo el espacio físico, sino también el social y simbólico, pues ahí se interactúa y se fomentan las relaciones cotidianas; de acuerdo con las necesidades se busca encontrar un lugar propio que se reconozca y sea reconocido, para estructurar cotidianamente la relación con el mundo y percepción que de él se tiene, "La identidad, por naturaleza, es un sistema autoreferente que incluye y excluye a unos y a otros, y que está siempre en constante reinterpretación" [...] (Guiraud, 1994: 55). Ese proceso de reconocerse en el "nosotros", supone también el reconocimiento de que son diferentes a otros grupos sociales. Sin embargo, este reconocimiento no siempre es consciente y explícito, muchas veces se asume de facto en actitudes y prácticas.

Los procesos de autoreconocimiento se dan en las intersubjetividades, porque la identidad no es una cualidad inherente al sujeto, sino un proceso intersubjetivo y relacional que se genera en la interacción social con los demás; el sujeto se reconoce así mismo al reconocerse en los otros. La identidad supone relación con la representación que de él mismo se hace el sujeto y de su grupo de pertenencia, así como con la idea que tiene de los demás; es en este proceso fundamental donde los individuos se identifican así mismos en relación con los otros, lo que significa cierto grado de conciencia en cuanto a lo que los distingue o los une con otros sujetos; en este sentido la identidad es también posicionarse en el mundo.

Sin embargo, más allá del contexto cultural al que pertenecemos, a nivel del Ser también configuramos identidades. La identidad ontológica tiene como base a la visión del mundo y el nivel de conciencia en el que nos encontramos, el límite de lo que consideramos qué somos, que nos conduce a posicionarnos en el "nosotros" y los "otros" o lo "otro"; es el que define nuestra identidad. En base a dicha percepción y posición, enjuiciamos lo que hacemos, de cada cosa, evento o situación, como aquello que debe ser, diferenciándolo de lo que no debe ser, estableciendo fronteras entre lo que consideramos correcto y lo incorrecto, útil o inútil, perfecto o imperfecto. Así, el ejercicio de la paz está sujeta a una visión de disociación, pues la identidad cultural nos lleva a establecer fronteras, considerando las diferencias como irreconciliables, pues el sentido de identificación es extremadamente reducido, pero,..."Las fronteras no son productos de la realidad, sino de la forma en que la cartografiamos y la acotamos" (Diesbach. 2001: 23-24).

El ejercicio de la paz o la violencia expresa con quiénes y con qué nos identificamos, porque la identidad supone posicionarse e identificarse y diferenciarse de algo, de los demás, los otros, de reconocer lo que se es, y lo que no se es; por eso cualquier percepción del mundo está presente en toda sociedad y se evidencia en los comportamientos de los humanos, cuya conciencia puede ser incluyente o excluyente. El nivel de conciencia es importante porque es la que nos sugiere qué somos, hasta qué nivel nos damos cuenta de lo conectados que estamos con los demás, e incluso con el resto de las especies; pese a las diferencias y más allá de la identidad cultural; hasta dónde establecemos los límites con nosotros y los otros, con quiénes nos identificamos y con quiénes no, hasta dónde alcanzamos a percibirnos, es a través de la conciencia que nos identificarnos con lo que se encuentra en los límites pertrechos o con la totalidad del Universo.

Sin embargo, los límites se mueven, se desplazan de un nivel a otro. Existen formas más profundas de identidad y éstas tienen que ver directamente con la conciencia cósmica, es ahí

donde se expanden los límites de una identidad que va más allá de la cultura, más allá de aquella que divide por las diferencias, una identidad que unifica por lo común, por lo que hermana y diluye las fronteras que separan a los unos de los otros. Si bien las diferencias existen en las razas, los colores, creencias, religiones; son justamente éstas las que han servido de justificación para ejercer prácticas de violencia, de discordia, división y confrontación entre los seres humanos del planeta entero.

Las personas son sistemas complejos con componentes intrapersonales como cogniciones y emociones. Estas personas interactúan formando grupos que a su vez interactúan entre ellos constituyendo las sociedades que al mismo tiempo interactúan como estados y naciones que a su vez pueden ser parte de civilizaciones y regiones que interactúan constituyendo, no mundos, sino un mundo que interactúa y constituye un sistema planetario. (Calderón, 2009: 68)

Establecer los límites con lo que nos identificamos, significa un conflicto latente, ... “una línea limítrofe es también una línea de batalla en potencia” (Wilber, 2003: 26). En este sentido, la identidad del individuo se ve reflejada en las relaciones que establece con los demás, con el medio ambiente y con su entorno en general. Nuestras prácticas cotidianas serán aquellas que fortalezcan los límites con los elementos del Universo con los que nos identificamos. Desde la perspectiva de la conciencia nos identificamos con lo que consideramos como lo propio, no con lo ajeno que representa algún peligro o amenaza latente, pues no atacamos lo que consideramos parte de uno mismo, mientras que lo considerado extraño, u otro, se rechaza y se establecen relaciones de discordia, resistencia y represión. Esta disociación y confrontación, se encuentra en los distintos niveles de identidad; desde lo material, hasta lo más sutil, al respecto Ken Wilber dice: (2003: 26)

También nuestros valores sociales y estéticos son siempre algo que se da en función de opuestos: éxito y fracaso, bello y feo, fuerte y débil, inteligente y estúpido. Incluso nuestras abstracciones supremas se fundan en suposiciones. La lógica, por ejemplo, se ocupa de lo verdadero y de lo falso; la epistemología, de la apariencia y la realidad; la ontología, del ser y el no ser. Parece que nuestro mundo es una impresionante colección de opuestos.

El pensamiento dualista nos lleva hacia prácticas de batalla, de rechazo y negación de todo aquello que nos parece ajeno, de todo con lo que no nos identificamos, las prácticas de violencia son consecuencia de esta forma distorsionada de pensarnos en el mundo y de cómo lo percibimos. Los valores que ejercemos se encuentran en ese contexto, jerárquicamente establecidos por nuestros juicios de identidad, a partir de los límites de pertenencia de los diferentes elementos del Universo, hasta donde creemos que es parte de nosotros o que somos nosotros mismos. “Cada

decisión que tomamos, cada una de nuestras acciones y palabras, se basan en la construcción, consciente o inconsciente, de límites, de fronteras” (Wilber, 2003: 35).

Cuando establecemos límites entre lo que somos y lo que no somos, estamos de hecho planteando opuestos, establecemos demarcaciones en los distintos ámbitos de la vida. Por supuesto, estamos estableciendo conflictos, guerras, enemistades, con todos y todo lo que no consideramos parte de nosotros; por eso entre más sólidas son nuestras fronteras, más agudas son nuestras batallas, en los distintos espacios y niveles de nuestra vida. Suponemos que las fronteras que establecemos son reales, jamás cuestionamos su existencia, pensamos que existen independientemente de nosotros, no comprendemos que somos quienes las generamos y serán tan fuertes como nuestro convencimiento de su existencia. El arraigado pensamiento occidental nos ha especializado en fragmentar y disociar a los diferentes elementos que consideramos opuestos y a separarnos de quienes son diferentes cultural y socialmente de nosotros, por eso nos regimos por valores de conflicto, competitividad e individualismo; centrados en una identidad con el ego, más que con el Espíritu como realidad esencial y trascendente.

Pese a los innegables avances de la modernidad, seguimos padeciendo miseria espiritual, carencia de paz y felicidad. Paradójicamente, el gran desarrollo científico y tecnológico no es suficiente para aminorar el sufrimiento y el vacío que experimentamos a nivel de epidemia y planetario. La lógica del pensamiento al que estamos condicionamos, nos aliena y nos separa porque es dualista, en lugar de trascender e integrar las diferencias. ... “Por más drástico que sea el contraste entre el brillo de una estrella y su fondo de oscuridad, lo importante es que sin cada uno de ellos jamás se podría percibir el otro” (Wilber, 2003: 43). La física moderna sostiene que la realidad es la unión de opuestos, realidad que nosotros pretendemos que puede ser fragmentada y por tanto nos identificamos con los aspectos que consideramos positivos, así mismo nos identificamos con quienes tenemos características sociales y culturales comunes, lo cierto es que lo único que logramos es frustrarnos y confrontarnos porque nos aferramos a la parcialidad de la totalidad.

Al reconocer que la realidad esencial es unidad de aspectos diferentes pero complementarios, es también reconocer que las demarcaciones no existen, las establecemos nosotros y llegan hasta donde las percibimos. Por ejemplo, pensemos en lo siguiente: no estamos de ninguna manera separados de la Tierra, aun cuando no estemos directamente pisando el suelo, en cualquier espacio que nos encontremos, estamos vinculados a ella, la silla donde nos sentamos está apoyada en el piso, la mesa donde trabajamos también está sostenida por el suelo; y así sucesivamente. Entonces, ¿dónde está la demarcación?, sólo en mi percepción; a un nivel más sutil estamos también irremediabilmente unidos, somos esencialmente lo mismo, de esto nos podemos percatar en un sentido más profundo, trascendente y espiritual. Es desde esta perspectiva que podemos plantearnos la posibilidad de generar una cultura de paz, comprendiendo que la violencia proviene de una concepción distorsionada de separación y a partir de lo diferente se confronta, en lugar de integrar y se complementar.

Dice Ken Wilber (La conciencia sin fronteras.2003a) que línea y frontera no es lo mismo. La línea hace que lo uno no exista sin lo otro; las líneas que trazamos sirven para distinguir los opuestos, por lo tanto también vinculan, una línea de cualquier tipo une, por ejemplo señalan

en un lugar físico hasta dónde llega tal espacio y comienza otro, pero que también se tocan, como el agua del mar y la tierra. Mientras que las fronteras pretenden separar lo inseparable, es así que el mundo realmente tiene líneas, pero las fronteras son una invención cultural del pensamiento dualista, que rechaza y divide, por tanto genera violencia como actos de agresión a quienes no forman parte de *nosotros*. De ahí la importancia de construir una identidad incluyente y trascendente, a partir de una conciencia cosmocéntrica.

El problema es que con frecuencia las líneas de demarcaciones las consideramos reales, cuando en realidad son sólo dos aspectos diferentes de una misma cosa, de un mismo suceso o situación; donde ambos son necesarios para existir, en consecuencia, la paz sólo se puede experimentar por la existencia de la guerra, el sufrimiento por el placer, así mismo otros aspectos de la realidad, que se complementan justamente por ser diferentes, pretender que son irreconciliables es resultado de una conciencia fragmentada que entiende todo en términos de lucha de opuestos. Evidentemente en las sociedades occidentales los valores se asumen también en ese mismo sentido de conflicto, de guerra; porque rechazamos y negamos los aspectos y personas con quienes no nos identificamos, el sentido fragmentado de pertenencia nos impide ampliar nuestros horizontes de identidad. Por tanto no amamos aquello que consideramos como lo *otro* o los *otros*, por el contrario, lo rechazamos porque lo desconocemos como parte nuestra.

El ejercicio de la paz o la violencia expresa una concepción del mundo, ¿hasta dónde consideramos que se encuentra nuestra familia, consideramos sólo a la consanguínea, los amigos y compañeros de trabajo, la comunidad, la sociedad, el mundo, o todos los seres vivos del Universo?, según nuestra percepción será la forma en que nos relacionemos con los demás y con otras formas de vida. Si somos racistas y pensamos que las personas negras no merecen ser tratados con respeto sólo por su color, entonces la relación que establezcamos con ellos será de desprecio, intolerancia e incluso violencia. Si la identidad se expande hasta alcanzar una conciencia donde no haya más fronteras, aunque sí líneas que distinguen; la forma en que nos relacionamos con los demás se modificará, los trataremos como a nosotros mismos, a partir de la comprensión de que todos somos miembros de la familia humana y quizá también de otras civilizaciones planetarias. Entonces comprenderemos que la paz, como señala Galtung (2003) sólo se puede lograr por medios pacíficos.

Los estudiosos del tema de la conciencia, como Ken Wilber, sostienen que a medida que se eleva su nivel, van desapareciendo las fronteras entre yo y el otro, el mundo interno y el externo, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, el cielo y el infierno, la luz y la oscuridad; las fronteras entre lo que soy y no soy. Cuando la conciencia alcanza los más altos niveles, el pensamiento dualista desaparece, no hay más que el Uno y lo mismo, sólo distintas formas de manifestación y una conciencia sin fronteras, como dice Ken Wilber (la conciencia sin fronteras, 2003a). En esa conciencia el ser humano puede sentir sin lugar a duda, que él es uno con todo, con las cosas, eventos y vidas; con lo sacro y lo profano; es capaz de experimentarse más allá de su cuerpo y su mente, porque se sabe Uno con el Universo, ha logrado ya una conciencia cósmica, su percepción deja de ser fragmentada para ser integral y trascendente. Entonces ya no se experimenta desde la concepción limitada del pensamiento dualista, que nos conduce a identificarnos como una persona, no un animal; mexicana, no norteamericana; honesta, no

deshonesta; buena, no mala; la lista de las dualidades que nos hacen identificarnos con lo que creemos que somos y diferenciarnos de aquello que no somos, es grande en este nivel limitado de percepción. Pero con la conciencia suprema se trasciende hacia la totalidad, donde irrumpe una identidad de Ser Todo y lo mismo. Dice Wilber (2003a p 15) [...] “En general, nos referimos a ella valiéndonos de la expresión <<conciencia de la unidad>>: un abrazo de amor con la totalidad del universo”.

La conciencia de unidad nos lleva a percatarnos que las fronteras realmente no existen, sólo son demarcaciones que nuestra limitada percepción nos conduce a establecer. Los sabios y filósofos de la antigüedad ya lo planteaban, hoy la física moderna ha encontrado que la realidad esencial está constituida por la integración de los dos aspectos de las cosas y de los eventos del Universo. Es resultado del condicionamiento del pensamiento fragmentado, pretender disociar todo y de todos, es una ilusión creer que lo que vemos como cosas aparentemente separadas, es algo real. Sin embargo, más allá de que el origen de esta forma de pensamiento se encuentra en los conceptos de la física clásica, hay uno más profundo, el de nuestra conciencia; ésta impacta a la percepción que tenemos de la realidad, pero también es afectada por la visión del Universo que la ciencia está sustentando. Desde esta perspectiva, todos estamos en el Uno, a su vez el Uno está en todos, como esencia trascendente y perenne que siempre ha sido, es y será. Esta es la visión oriental del mundo y que ahora está siendo respaldada desde la ciencia misma; ambas conciben la realidad como un complejo entretrejado de humanos, reino mineral, animal, cosas y eventos sin delimitaciones. Condicionados a pensar que las formas físicas son diferentes y por tanto contrapuestas y separadas, ignoramos que sólo son manifestaciones de una misma realidad, Ken Wilber dice que confundimos el mapa con el territorio, sin embargo, ... “El mundo contiene toda clase de rasgos, superficies y líneas, pero están todas entretrejiditas en una trama sin costuras” (Wilber, 2003a pag 66)...

Para construir una cultura de paz, requerimos de una conciencia de unidad, de una identidad incluyente y transcultural, pues lo único real es el Todo y lo mismo, más allá de sus diversas formas, es esencialmente la realidad trascendente o dicho en términos de la física, es la misma energía creándose, destruyéndose y recreándose una y otra vez, proceso en el que sus manifestaciones adquiere distintas formas. Inteligencia de orden superior que se experimenta a sí misma, en cuya obra es el actor y espectador al mismo tiempo, desempeñando distintos papeles. El problema de la identidad cultural no es que establezca las diferencias, que son reales en el plano fenomenológico y que nos permiten conocer sus contenidos y problemáticas; el asunto es que tales diferencias, en el contexto del paradigma predominante del pensamiento occidental, justifican las prácticas de agresión y violencia no sólo entre los mismos seres humanos, sino también hacia las demás especies.

La conciencia de unidad es comprender que no hay yo y el otro, sino sólo el Uno, tal percepción puede alcanzar el punto en el que desaparece toda frontera, entre el que observa y lo observado, ya no hay yo y el mundo como algo que está “allá afuera” separado de mí. Es la percepción de totalidad donde no hay fronteras, se expande el sentimiento de pertenencia, nos identificamos con todo el Universo, no sólo con lo sagrado, también con lo profano. Conciencia de unidad es acceder al nivel del Espíritu, es percatarnos que somos como la gota de agua que ha

vuelto al océano; supone volvernos conscientes de que el mundo somos todos, que todos somos eso; por tanto, estamos aquí y allá, en todas las circunstancias que nuestra conciencia genere. Conciencia sin límites, sin fronteras, autosuficiente y autorreferente, tanto como para desplegarse en cualquiera de sus infinitas posibilidades. En cuanto comenzamos a comprender que es falsa toda demarcación y que no hay separación, sino interconexión con todos los aspectos y cosas del universo, avanzamos hacia la conciencia de unidad. Las fronteras comienzan desde nuestro propio interior; La guerra también tiene ese mismo punto de origen, en ese sentido es que los políticos integrales, como el Dalai Lama han planteado que el desarme comienza ahí.

Desde la antigüedad los pueblos han establecido muros o murallas, para protegerse de los que consideraban sus enemigos en potencia. Hoy las fronteras y los muros se siguen construyendo a partir de que somos pueblos de diferente religión, raza, cultura o nivel de desarrollo económico diferente. Lo cierto es que, [...] “Es un signo de rechazo de la familia humana al hermano menos afortunado” [...]. De acuerdo con Nicole Diesbach (Op cit p 27), es una expresión de miedo a no tener suficiente para todos, a que no alcance para vivir, pero esa inseguridad encuentra su origen en la desigual distribución de la riqueza planetaria, infundada a su vez en la falsa idea de que somos limitados y en la ignorancia de que compartimos la misma naturaleza divina, independientemente de las diferencias superficiales, compartimos la condición común que nos unifica, el problema es que todavía no somos conscientes de ello, pues nos encontramos en un nivel de conciencia aún egocéntrica.

La idea de que hay fronteras nos lleva a pensar en un mundo de confrontación, desencuentros, separaciones; no en uniones, o en coexistencias armónicas. Establecemos fronteras no sólo a nivel de países, también a nivel personal, pero en cualquier caso comienzan en las dimensiones subjetivas, eso depende hasta dónde abarquen nuestros horizontes de identidad, la conciencia de unidad es ampliarlos al punto de tener una identidad suprema. Con frecuencia nos identificamos sólo con algún aspecto de la totalidad, pero a medida que evoluciona la conciencia se vuelve más inclusiva y en consecuencia, disminuyen los límites que nos fragmentan y separan de nosotros mismos con la comunidad, la sociedad, con el planeta y con el cosmos, o con los distintos aspectos de estos niveles de totalidad.

La conciencia de unidad nos permite derribar las fronteras con facilidad porque no son reales, comienzan por diluirse en la conciencia, pues es ahí donde empezaron a configurarse; por tanto, si pensamos que nuestro entorno está preñado de fronteras, es porque se encuentran primeramente en nuestro interior. La conciencia de limitación se expresa en el mundo externo, se proyecta y se manifiesta en alguna forma, es así como las fronteras invisibles se vuelven visibles. Cuando desaparecen las fronteras, desaparecen también los conflictos, pues éstos surgen a raíz de considerar a los demás como los *otros*, no como *nosotros*, pero cuando nos asumimos como parte de la misma familia, las relaciones se modifican, impera la concordia con los semejantes, pues el individuo sabe que es Uno con el Universo. El sentido de pertenencia se amplía más allá de él, de la sociedad y del mismo planeta, la conciencia deja de ser fragmentada y limitada para ser cosmocéntrica, volviendo a recuperar la naturaleza divina y a conectar con ella

Conciencia cosmocéntrica

Las actitudes, prácticas, conductas y valores que prevalecen en una sociedad y en una época tienen sus propios fundamentos filosóficos; expresan una concepción del mundo, de la vida, del ser humano, de las realidades, del conocimiento, de la ciencia; manifiestan pues una cosmovisión. Los que hoy tenemos se encuentran sustentados por planteamientos hechos hace más de trescientos años, fundamentalmente por Descartes, Newton y Bacon. Tienen como soporte al pensamiento cuyo paradigma es fragmentado, mecanicista y cientificista; propuesto respectivamente por estos pensadores, que sentaron también las bases de la ciencia moderna, ésta, en aras de acabar con el dogma religioso de la iglesia, estableció las diferencias de los distintos campos del conocimiento, degenerando más tarde en disociación.

En consecuencia la espiritualidad fue relegada, así las dimensiones y disciplinas que contribuyen al desarrollo de la sensibilidad humana, como el arte, la literatura y la poesía; por no encajar en los parámetros de la ciencia reduccionista., de esa manera los valores esenciales pasaron también a segundo plano. Con el nuevo paradigma de la modernidad se dio un avance importante al situar cada campo en su lugar: así la verdad fue el de la ciencia, de la moral se ocupó la religión y de la belleza la estética. Sin embargo, el problema más grave fue que esa diferenciación que buscó acabar con la fusión del dogma, degeneró en el otro extremo; en la disociación, fue así que rezagó lo más esencial del ser humano, lo más significativo y que ayuda a otorgar sentido a la existencia. De manera que se impulsó el desarrollo de la conciencia egocéntrica, enfocada sólo en el individuo preocupado y ocupado en sí mismo, competitivo y egoísta; valores que fueron retomados por las diferentes instituciones, yendo desde la familia hasta las religiosas y educativas, pues éstas han sido diseñadas para fomentar modos de vida que separan, en lugar de unificar; planteadas de forma que donde haya un ganador haya un perdedor.

El mundo de las dimensiones interiores quedó rezagado en el triste rincón de las "supersticiones" y con ello también las preguntas fundamentales de la existencia.

Los fundamentos filosóficos de este paradigma implicó el desarrollo de una identidad bastante limitada, en este caso las diferencias culturales han servido para dividir y confrontar, no para establecerlas en el sentido de complementar y enriquecernos a través de la diversidad. Para una concepción mecanicista y materialista, lo más importante es el crecimiento material y el desarrollo de los estatus sociales, eso es valioso desde esta perspectiva, ese ha sido el eje rector de la vida humana y lo que orienta la forma en que nos relacionamos con los demás, así como el trato que damos a otras especies. Con esta forma de pensar, el mundo de vida, el sentido, la imaginación, la capacidad de asombro y el misticismo; pasaron a ser epifenómenos.

Al perderse el hábito de las preguntas fundamentales, se pierde también la posibilidad ontológica de saber quiénes somos; en términos de identidad, si no sabemos quiénes somos, tampoco sabremos quiénes son los otros; así, en un mundo materializado, fragmentado y desconectado, dañamos a otros seres humanos y a otras formas de vida por ignorancia de saber que somos una sola familia con el mismo origen. Para un mundo con estas características, los valores son de competitividad, egoísmo, mezquindad, individualismo; justamente porque están

fundamentados en la visión de un mundo mecánico, frío y robotizado, en el que los espacios de las dimensiones subjetivas son ignorados. De ahí que nuestras sociedades con todo lo moderno que puedan ser, carecen de espiritualidad, cuya pobreza se expresa en las distintas crisis sociales y existenciales que la humanidad padece.

Las pretensiones de reformar y generar nuevos valores, tienen como marco este mismo paradigma, por eso sus propuestas no suponen cambios profundos y de raíz, alcanzan sólo los niveles de conducta, que si bien generan cambios, éstos son superficiales. Los valores expresan un nivel de identidad, así que ésta es limitada o expandida, según sea el nivel de conciencia, pues ésta implica percatarnos de la realidad, hasta de qué realidad somos conscientes?, si la percepción del mundo al que pertenecemos es muy limitado, entonces nuestro sentido de pertenencia será también reducido, puede ir desde nuestra familia, hasta el cosmos entero; cuando el ser humano se identifica con todo, no tiene razón para atacar a otro, pues éste no existe en esa percepción. La paz por tanto es consecuencia de este entendimiento profundo de la realidad, por eso el despliegue de la espiritualidad es trascendente, pues posibilita construir valores esenciales y universales que restablecen y fortalecen los vínculos con todos y con todo, permiten el reencuentro con nosotros mismos, con el planeta y con el cosmos.

El sentido de trascendencia para la paz

Hay una relación directa entre el nivel de conciencia y la espiritualidad. La espiritualidad como despliegue, como práctica, como experiencia personal y directa de síntesis y totalidad, de ser Uno con el Todo. Elevado nivel de conciencia expresa necesariamente elevado desarrollo moral, empatía al dolor "ajeno", compasión por los demás, prácticas transpersonales; así pues, a un elevado nivel de conciencia le corresponde una vida moral y espiritual más desarrollada y viceversa. Los niveles de conciencia son cruciales para sentar las bases de los valores esenciales y espirituales, pues la espiritualidad es al fin de cuentas un asunto de conciencia, de percatarnos de nuestra naturaleza divina y reconectarnos con ella, de autoconocimiento y reconocimiento de lo que somos esencialmente, en cuanto a identidad de origen divino.

Si las sociedades modernas se caracterizan por la acentuada pobreza espiritual que atenta contra la propia supervivencia como nunca antes en la historia de la humanidad, es justamente porque este campo se ha relegado y colonizado por el alto crecimiento tecnológico y científico. La paradoja de un mundo que crece en riqueza material y se empobrece cada día más en espiritualidad, en los valores esenciales y genuinos, en significados profundos de existencia que eleven la calidad humana; por el contrario expresa nivel de conciencia que privilegia el bienestar material, sacrificando el mundo de las interioridades. Para el nivel de conciencia egocéntrica que prevalece en estas sociedades, la espiritualidad es irrelevante, porque no contribuye a la riqueza material de la sociedad, en esos términos no es productiva, por otra parte tampoco se encuentra dentro de los parámetros científicos, como para entrar en el mercado de los valores de competitividad.

Como señala Capra (1999), el deterioro del medio ambiente ha generado las llamadas "enfermedades de la civilización" de la misma manera, el deterioro del entorno social ha ocasionado severas depresiones, esquizofrenia y trastornos mentales. Aumento de criminalidad violenta, de accidentes, de suicidios, alcoholismo y drogadicción; incremento de suicidios y crímenes en los jóvenes de manera espectacular al punto de hablar ya de epidemias (y esto es decir poco). Evidentemente un comportamiento basado sólo en la competitividad hace difíciles nuestras vidas, pues todos, ricos, pobres, blancos, negros, altos, chaparros, gordos, flacos, sin excepción tenemos necesidad de apoyo moral, comprensión, calidez humana, afecto, momentos de recreación y reposo.

Una de las preocupaciones más grandes hoy en día es la ausencia de valores genuinos y esenciales que sustenten una vida más equilibrada y humana. La violencia como campo de los valores es un tema que se encuentra en la mesa de discusión de los distintos espacios académicos de diferentes Instituciones educativas. Están siendo abordados desde distintas perspectivas y enfoques, sin embargo, pocas veces se toca el verdadero fondo del problema. En general los valores son reflexionados por los valores mismos, de esa manera el pensamiento se sigue moviendo sobre la misma planta del edificio, sólo se mueven los muebles pero no se suben al siguiente piso, es decir, no hay una verdadera transformación. ¿Qué falta entonces?, hace falta tratar con algo que se llama conciencia y que su atención ha estado rezagada en los rincones de la subjetividad.

La práctica de la violencia expresa valores que no se practican por decreto, se viven por convicción y conciencia. Manifiestan una visión del mundo y una cultura, los que hoy practicamos son dañinos para un desarrollo humano y espiritual, por eso es importante replantearnos nuevos fundamentos que los sustenten y que permitan relaciones sociales y planetarias de armonía, donde todos podamos coexistir y convivir como una misma familia en la misma casa llamada tierra. Por eso los valores esenciales tienen como base a la espiritualidad, entendida como estado de conciencia de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el todo. Lo que supone reintegración con los distintos niveles de totalidad, como arte de reconciliación, sublimación de las energías primordiales y desapego de las formas defensivas y reactivas del yo.

Desafortunadamente la connotación que históricamente se le ha atribuido a la espiritualidad se ha distorsionado de su significado genuino, muchas veces se le atribuye un carácter de dogma o como un conjunto de creencias. Sin embargo, la espiritualidad es laica y entendida en su mejor sentido nos conduce a mayor sensibilidad estética, a la capacidad de asombro, a tornar extraordinarios los eventos cotidianos de la vida, a mayor capacidad de amar, de compasión, de perdón, a reconocernos en el otro, en toda forma de vida, en el Todo como máxima expresión de lo trascendente e inmanente. La espiritualidad aunque es experiencia personal y directa, no es experiencia de aislamiento, de disociación; sino de unicidad, experiencia de Ser Uno, totalidad y síntesis con la realidad más elevada que nos hermana más allá de las diferencias del mundo fenomenológico. Por eso la espiritualidad es fundamento de la evolución de conciencia y al mismo tiempo es expresión.

La espiritualidad es conciencia de integridad y nos conduce a la búsqueda de bienestar común, en el sentido amplio de considerar todas las necesidades, no sólo las materiales, que si bien son importantes, son apenas un elemento de la totalidad, necesarias, pero insuficientes; también

incluyente en el sentido de considerar a los demás y a todas las formas de vida . El bienestar material por sí mismo no dota de sentido a la existencia, pero si se integra con la espiritualidad, entonces el bienestar adquiere un significado amplio y profundo. Como experiencia inmediata y directa con el todo, nos trae paz, salud y bienestar; nos permite desplegar y nutrir lo mejor de uno, el desarrollo de la conciencia, como experiencia interna y vivencial e inherente a la naturaleza del ser humano. Así es cómo la espiritualidad es fundamento de la identidad transcultural, pues lo es también de los valores universales.

¿Por qué la espiritualidad es relevante para construir una identidad transcultural?, porque es justamente la dimensión que nos posibilita expresar lo más benevolente del ser humano, manifestarnos como mejores personas, desplegar las virtudes supremas que nos unifica con todos. Al expandir nuestras potencialidades, despertamos también a una conciencia más expansiva y elevada, a través de la que nos percatamos que no estamos separados, sino unidos por una conciencia de unidad. Respecto a los posibles estadios del desarrollo espiritual, dice Wilber (2001) que las líneas evolutivas pueden estar ocasionalmente en contradicción, no necesariamente tienen coherencia, un desarrollo simultáneo; por ejemplo el nivel de desarrollo cognitivo no necesariamente corresponde con un nivel de desarrollo espiritual, incluso pueden estar polarizados, que alguien tenga alto nivel académico no significa elevado desarrollo espiritual; o un alto nivel de memoria o pensamiento, alto nivel económico, cultural, desarrollo humano o cultural, tampoco corresponde necesariamente a un nivel espiritual.

Hoy nos encontramos ante la paradoja donde todo parece indicar que hay una tendencia hacia un marcado narcisismo e individualismo y en consecuencia un creciente afán por el mundo externo y tangible y sus correspondientes dimensiones externas. Sin embargo, asistimos también a cambios significativos de conciencia y el interés por desplegar dimensiones subjetivas y concretamente la espiritualidad, sustentados por teorías de frontera y la misma Filosofía Perenne que resurge de la antigüedad. Por ejemplo, el mismo Ken Wilber (2004) plantea la necesidad de reconciliar ciencia y religión como dos aspectos del universo y como una forma de recuperar las dimensiones objetivas y subjetivas de los diferentes niveles de totalidad. La paz es posible si los seres humanos alcanzamos un mayor nivel de conciencia y la consecuente identidad transcultural que nos hermana.

Bibliografía

- Jiménez, Bautista Francisco. (2009). *Hacia un paradigma pacífico: la paz neutra*. Convergencia, Revista de ciencias Sociales, Volumen 16. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca México.
- Calderón, Concha Percy (2009). "Teoría de conflictos de Johan Galtung", en *Revista paz y conflictos*, (2). Edita Instituto de la Paz y los Conflictos. Universidad de Granada
- Capra, Fritjof. (1999). *El punto crucial*. Buenos Aires. Editorial Estaciones.
- Diesbach Nicole. (1999). *FRONTERA. ¿qué nos separa?* México D.F. Editorial YUG.
- Pierre Guiraud, (1994). *La semiología*, México, editorial, siglo XXI
- Wilber, Ken. (2001). *El ojo del espíritu*. Barcelona. Editorial Kairós.
- Wilber, Ken. (2003). *Los tres ojos del conocimiento*. Barcelona. Editorial Kairós
- Wilber, Ken. (2003a). *La conciencia sin fronteras*. Barcelona. Editorial Kairós.
- Wilber, Ken. (2004). *Ciencia y religión*. Barcelona. Editorial Kairós.